

posas á los huesos, que entrados á la Iglesia se colocaron en una suntuosa pira elevada con siete cuerpos ó gradas en medio de la capilla mayor. Lloraban en ella con doloroso estrago y predicaban con encendidas aunque mudas voces á los mortales el más perfecto y provechoso desengaño, cien luces de riquísima cera, fuera de doce hachas, que en las esquinas se ostentaban fanales de brillos superiores. Cantose la Vigilia y se les dió sepultura en una capaz profunda fosa, que se abrió en la lonja ó cementerio de la Iglesia á la parte del mediodía.

El día siguiente, veinte y seis, á las nueve de la mañana, se les cantó la Misa; peroró sus exequias el R. P. Fr. Ildefonso José Marmolejo, Predicador Misionero apostólico y Guardian actual del Colegio de *Propaganda Fide* de Nuestra Señora de Guadalupe, una legua distante de esta ciudad, con asistencia del Cabildo eclesiástico y secular, sagradas comunidades, nobleza, y opulento numeroso concurso de la plebe: con que acabó la función, y yo mi, aunque inculta, verdadera narración de los esmeros con que solemnizaron festivos los zacatecanos y solicitaron fervoros la mayor gloria de Dios y de su Iglesia: de lo que rinde mi gratitud las debidas gracias.

No menos liberal y generosa

Que festiva y alegre te mostraste,

Ciudad de Zacatecas, poderosa

En el nuevo Panteón, que dedicaste.

Quedando en tus funciones tan airosa,

Que hasta el cielo tu nombre sublimaste;

Pues por el orbe entero te proclama

Ilustre y grande el eco de la fama.»

Del mismo libro vamos á transcribir en seguida la descripción, que el mismo autor hace de la obra material del edificio en los siguientes términos:

«Siéntase esta magnífica fábrica en las márgenes de un arroyo, antes en la gentilidad llamado por los Indios zaca-

tecos el *Rio de la Plata*, ya por sus crecidas corrientes, ya por sus ricas arenas, y se levanta tan hermosamente erguida en su cuantiosa máquina, que bien apeteciera para colocarla si no en grado de exceso, si de reñida emulación, y competencia con los lucidos primores del coloso del sol, astro refulgente en la arquitectura de Lidio, con la agigantada fábrica, que ciega la gentilidad consagró á la mentida deidad de Diana, con el preexcelso anfiteatro de Domiciano, y con todos los edificios, panteones y obeliscos, con que eternizaron esculpiendo en nuestras piedras muy al vivo sus primores los arquitectos de la celebrada Menfis. Quisiera, digo, hallar mi talento cultivado con la elocuencia de un Demóstenes, con la elegancia de un Tulio, la memoria de un Plutarco, de un Platón el ingenio, la erudición de un Cherilo y la pericia de un Scipión; y aun con todo, pienso, sin rozarme con los límites de la temeridad, quedara tan abatido en su descripción el vuelo de mi pluma, que no podría subir á medir su elevación. Por lo que, trayendo á la memoria el confuso laberinto, que en semejante caso oprimió la agigantada capacidad de Marcial, doy por acertado lo que determinó su sesudo dictámen, y es, ser sola la fama de la obra la que, pregonera de sus primores, dé á conocer su grandeza; *Unum pro cunctis fama loquatur opus.*

La fama, á quien no la mira,

puede esta obra descifrar:

que á quien la ve, solo digo,

abrir ojos y mirar.

«Dilátase su situación en sesenta y nueve varas castellanas, desde el Ocaso al Oriente, y su latitud desde el Septentrion al Mediodía en veinte y nueve varas y una tercia, dejando libre el solidísimo grueso de sus paredes, incluyendo, sí, el de ocho garbosos pilares llamados por el arte *del aire*, y veinte y ocho medios, que embutidos en las paredes solidan su hermosura, todos de orden *dórico*. De estos, rompiendo en unos y descansando en otros, se man-

tienen veinte y seis arcos, y veinte y tres medios, que guarnecen las lunetas, siguiendo todos el mismo orden de los pilares; á estos, con la que sirve de piso al coro, coronan seis peregrinas aristas, los cinco que componen la nave principal, en la elevación de veinte y una varas y media; y á esta misma altura las dos (también aristas), que en debida proporción se hombrean con las de enmedio, forman un magestuoso crucero.

«En las naves laterales se cuentan diez bóvedas *ornamentadas* en altitud de diez y siete varas, perdiendo de su longitud estas naves siete y media varas; extensión ocupada, en la parte del Septentrión, con la Capilla ó Sagrario para la administración; y en la del Mediodía con la pila bautismal. Los chapiteles de la nave principal, para repartir á los laterales los arcos, se levantan, fuera del zócalo desde su basamento, en la debida proporción de nueve varas, en las que de ellos mismos, siguiendo el moldurage igual de friso, arquitrabe y bosalón despiden los laterales la corniza, que corona todo el circuito interior del templo; los chapiteles de enmedio acaban en nueve varas de altura, y con el mismo garbo de los laterales, liberales se reparten el moldurage de la corniza obedeciendo en todo, como los otros, á la dórica.

«Los arcos y medios arcos faltaron á esta regla en sus primorosas claves, engalanándose con la compósita (orden compuesto), á cuyos esmeros se registran, en todas las de las naves de enmedio, veinte Santos clérigos de medio relieve, variando ya en ángeles, ya en niños desnudos, también de medio relieve, que les acompañan, cubiertos con el tupido follage, que concibió para el dibujo la fantasía más galana: las laterales solo varían en colocar en sus medios una insignia de Cristo y otra de María. Todas las lunetas, menos las de las puertas laterales, permiten liberales garboso paso á la luz, rompiendo en su medio veinte y tres ventanas con dos varas y media de alto y una y media de ancho guarnecidas de

finisimos cristales y pulidas rejas de alambre; adornando por dentro y fuera con vistoso moldurage, copiando en sus claves la escultura lucidos ramilletes de Pomora, con los ramos que de su boca despide una bicha. Hallanse con elegancia del arte en las planicies interiores de las bóvedas dibujados en variedad de lazos, que le sobrepujan, formando ya flores, ya óvalos, ya estrellas, los intrincados laberintos de Creta,

«Y siendo necesario se sepa su orden y tamaño en particular para que parte por parte se admire tan admirable todo, y se conciba su singular hermosura, digo, que la primera bóveda á la nave principal, que es la del coro, consta de siete varas y media; la segunda y tercera de once y una tercia; la cuarta de doce, y la quinta, que es la del presbiterio, de once y media, teniendo todas el claro de la Capilla mayor en quince y una tercia, el que guardan las dos del crucero, siendo su ancho el mismo de las laterales en doce varas.

«La Capilla mayor se espacia en quince varas y una tercia de las que se compone su garboso cuadro, sobre cuyos cuatro pilares se mantiene el cimborrio, digno de las más discretas atenciones. Avasalla su claro, desde la clave al suelo, treinta y ocho varas y media, subiendo hasta la clave de los arcos con veinte, desde donde con garboso denuedo rompe el pulido octágono hasta dos varas y media del alto de su anillo, cuya circunferencia abraza cuarenta y seis varas. Hallase todo adornado de moldurage dórico con golpes de pulida talla en sus medios; sobre este, retirándose media vara, se levanta en la misma figura ochavada en cinco varas el zócalo, pedestal ó sotabanco, permitiendo en el medio de cada una de sus ocho partes franca entrada por otras tantas garbosas ventanas de la misma proporción y tamaños que los de la Iglesia, á los resplandores de los mayores astros, los que avivan sus lucimientos penetrando por los tersos cristales, que cubriéndolas sirven de diáfanas murallas en defensa de los helados cierzos, que por lo común moles-

tan en estos países como en los de las mismas Zonas.

«Desde el encornizado dórico sube sin perder el ochavo hasta el cerramiento la media naranja, con once varas, y cuando parece que allí había de morir prisionera de su clave, se mira coronada de una gallarda linternilla, que ocupando en su círculo vara y tres cuartas de diámetro, descuellera en seis hasta su cúpula, y da luz por otras ocho pequeñas ventanas cubiertas también de cristales. En esta, por la puerta de afuera, se adora el misterioso árbol de la vida, el santo madero de la Cruz de Cristo, que se exalta en tres varas y media de alto, fabricada de fierro; pero tan pulida, que en ella aparecen resucitados los antiguos muertos primores de la más exquisita filigrana: en su medio se coloca una tan ligera veleta, que en sus prontos movimientos bien publica ser incansable vigía de Eolo para numerarle los pasos: sirven á tanto primor de peana bruñidos azulejos, que cubren la cúpula y bajan en diversas labores desgajados por los ocho gajos del cimborrio.

«A los interiores márgenes de esta suntuosa máquina sigue el presbiterio, enseñoreándose de todo el cuerpo de la Iglesia por la altura de tres cuartas, que componen cuatro gradas, coronase por el medio y por los lados de una pulida reja de fierro, que abre tres puertas para la entrada á su planicie; en la que, como acogándose á la sombra de los medios pilares de su frente, se abren dos puertas sobre el mismo, que franquean la entrada á la sacristía, la cual consta de veinte y nueve varas de longitud, y cinco y media de anchura, coronando la altura de doce varas un lucido cañón, en cuyos términos se abre paso á otro pequeño con dos puertas, una á la calle, para el Occidente y otra á la nave del Septentrión: sobre este se mantiene una competente tribuna depositaria de muchas piezas necesarias para el servicio de la Iglesia, dejando hueco capaz á la habitación de los sacristanes.

«Hasta aquí el interior, cuyo adorno por ser hasta

ahora tan nada correspondiente á la magnificencia del templo, me pareció prudencia numerar solo doce aras en los doce altares en que se sacrifica; y deleitar la discreción haciendo resuene en sus oídos la dulce melodía de veinte y siete mixturas partidas, que deposita dentro de pulida magestuosa caja acústica el órgano, que en el coro se colocó: son tan dulces como graves sus voces; percíbense en crecida distancia fuera del templo; salgamos á escucharlas, y así admiraremos de la fábrica el exterior.

«Lo primero que por la parte del Occidente se ofrece á la vista, es la principal de sus fachadas. Aquí era menester fuese la tinta colores y pinceles agusados de Apeles la pluma para no agraviar con negras sombras sus primores. Sobre treinta y dos varas de altura y diez y siete una cuarta de ancho, fuera de su garbosa guarnición, incluye tres competentes cuerpos, en los que juntos de la Arquitectura los órdenes, hacen una admirable peregrina compósita. Tiene el primero seis corpulentas columnas, que con zócalo, plinto, basamento, friso, arquitrabe y chapitel se coloca en diez varas de altura. La vistosa variedad que le adorna solo podrá concebirse por el número de veinte y cuatro bichas, que repartidas en varios lugares, despiden por las columnas y demás frente, diversidad de ramos y flores, en que alambicó primores la talla plateresca. La clave del medio punto de la puerta mayor es una bellísima imagen de María Señora, sobre cuya cabeza mantienen dos ángeles de medio relieve una imperial corona azteca. Adornan el ámbito de este primer cuerpo, repetidos en simétrica proporción treinta y dos niños desnudos.

«Envidioso, cuando no en su altura, que se compone de nueve varas, sí en los primores del arte, pretende competirle el segundo cuerpo, sosteniendo otras seis columnas sin más diferencia en su ornato, que ser ocho las bichas, y doce los niños; mas con todo, osténtase glorioso por parecerle haber ganado la primacía rasgando en su centro una

cuantiosa ventana, de forma ochavada, en cuyos cuadros se erigen láminas, en las cuales los más pulidos cinceles esculpieron, en medios relieves, las cuatro lumbreras que iluminan, como Doctores con sus plumas, el cielo de la Iglesia, y se remontan sus vuelos en debidos elogios del divino Sacramento, que en la clave de la ventana se halla descifrado por una exquisita Custodia, que la está coronando.

«Levántase, como tal, del segundo el tercer cuerpo en ocho varas, y consta, como el antecedente, de zócalo, plinto, basamento, fuste de la columna, friso, arquitrabe y chapitel; mantiene otras seis columnas con follage como el anterior, repartido por tres bichas acompañadas de seis niños. A este corona una admirable Cruz, á la que sirve de escabel el medio punto, que forma la figura cilíndrica de la guarnición de toda la portada, desde cuya clave hasta la corniza del tercer cuerpo, en el espacio de cinco varas de su altura, se dejan ver abiertos los cielos, y en ellos sentada la imagen del Padre Eterno, y multitud de ángeles, que con ademán muy al vivo parece que pisan instrumentos músicos, que en las manos sostienen para entonarle dulces motetes.

«Repartidos en los tres cuerpos se cuentan trece nichos, cuyo suelo ó pavimento son vistosas repisas platerescas, en que se mantienen y descansan las doce piedras preciosas de los sagrados Apóstoles, talladas en piedra, y la angular, Cristo Jesús, todos de estatura un poco mayor que la natural de un hombre bien conformado. Con la cual ya sin temeridad podré decir, que es tan hermosa esta portada, como la entrada de la gloria; *pues si de las doce misteriosas, estas son otras tantas preciosas piedras del ornamento, piedras preciosas, ó anchurosas puertas son las que se veneran á la entrada, ó portada de la gloria de este templo, ó de este templo de la gloria, y esto aun careciendo todavía del complemento su exterior adorno, que son las torres, cabal encornizamiento, necesario número*

de almenas, y adorno de las dos portadas laterales.

«Será sin duda en su última perfección el *non plus ultra* de las maravillas, pronosticándole así la principiada torre, que desde el zócalo hasta la corniza se eleva en ocho varas, en las que por ahora termina, siguiendo el mismo orden de la portada, el primer cuerpo, dominando desde la corniza de su cubo hasta el suelo veinte y cuatro varas de altura: esperando así el exterior, como el interior adorno conseguir su cabal perfeccionamiento mediante los garbos de los generosos zacatecanos, que tan francos celebraron de este abreviado cielo la dedicación con los costosos júbilos que quedan descriptos en la relación que antecede.»

Para completar esta descripción, debemos consignar aquí que la torre comenzada se terminó pocos años después, constanding de dos cuerpos, de los cuales el segundo mide siete varas de altura, y su cúpula y linternilla otras seis, resultando una altura total del edificio, desde la base hasta el pié de la cruz de fierro en que remata la torre del lado Sud, cuarenta y cinco varas, midiendo la cruz de fierro tres varas, sin el regatón. La torre del lado Norte, quedó empezada y á la altura del primer cuerpo, calculándose el costo de la parte que falta en diez mil pesos.

Están asimismo terminadas las portadas laterales, sobresaliendo por la finura de sus tallas la del lado Sud, en donde está colocada sobre la puerta una imagen de Nuestra Señora de los Zacatecas. Quedando el sardinel de esta puerta á una altura de cerca de cuatro metros sobre el nivel de la plaza del Mercado principal, facilita el descanso por una gradería de diez y siete escalones, cuyo conjunto en la forma de una pirámide truncada da cierta importancia á la construcción. Esta especie de escalinata hasta el año de 1845 estaba dentro de un pequeño atrio que circunvalaba el edificio y que fué destruido con la mira de construir otro más elegante y con enverjado de fierro, siendo después sustituido en la parte del frente, que dá al Poniente, por unos

pequeños postes de donde pendían gruesas cadenas impidiendo el acceso de carros y animales, y que más tarde también hubieron de desaparecer, no quedando mas que el ancho embanquetado que precede á la entrada principal del templo y que hasta hoy se conserva.

La portada Norte, que dá á la Plaza de Armas, hoy jardín Hidalgo, es la de menos importancia por su estructura. Arriba de la puerta hay una imagen de Jesucristo crucificado, tallada en piedra, que no es ciertamente de gran mérito artístico, pero que por representar al Señor de la Parroquia, obtuvo en otro tiempo gran veneración, reuniéndose allí todas las noches el concurso del pueblo á rezar el Rosario y otras devociones especiales, y aumentándose notablemente la concurrencia en los viernes de cuaresma. Al frente de la santa imagen pendían faroles que ardían constantemente por la noche; costumbre que subsistió hasta los primeros años de la administración del Sr. Aréchiga (1888), en que se prohibió, corriendo riesgo de ser derribada la santa imagen por deliberación del Congreso del Estado, que afortunadamente no tuvo efecto, en razón de haber alguno manifestado el feo aspecto que presentaría, en un lugar tan visible, la pared desprovista de aquel ornato.

En esta misma pared que mira al Norte y en el tercer machón, comenzando á contar por el de la esquina, como á cuatro varas de altura sobre el suelo é inmediata á la puerta, se vé empotrada una lápida blanquecina en la cual se lee la siguiente inscripción:

ESTA SANTA IGLESIA PARROQUIAL
SE CONSAGRO EL DIA 22 DE FEBRERO DE 1841,
POR EL
ILUSTRISIMO SEÑOR DON FRAY FRANCISCO GARCIA DIEGO
PRIMER OBISPO DE CALIFORNIA.
A. M. D. G.

Respecto á la solemnidad con que haya podido verificarse esta consagración no hemos podido recoger más datos que los que suministra un cuaderno de 22 páginas en octavo impreso en Zacatecas el año de 1841 por Aniceto Villagrana, donde, en el párrafo que sirve de introducción, se lee lo siguiente, en letra cursiva:

Habiéndose pres'ado el Ilustrísimo Señor D. Fr. Francisco García Diego, primer Obispo de Californias, á hacer la consagración y dedicación de la Iglesia Parroquial, me ha parecido conveniente reproducir la idea que da de estas santas ceremonias el padre Amado Pouget, para que las personas que no tengan conocimiento de ellas, y las muchísimas que no podrán presenciárlas, adquieran la instrucción correspondiente de todo cuanto el Señor Obispo consagrante tiene que practicar por virtud de su elevado ministerio, para aumentar la santificación y veneración de nuestro principal Templo á los 88 años 6 meses de su primera dedicación, el 15 de Agosto de 1752.

Para mayor solemnidad de la memorable función que se prepara, el mismo Señor Obispo celebrará el santo sacrificio de la Misa, con todos los paramentos, asistentes, etc., que son debidos á su dignidad, y el coro será desempeñado, á más de los profesores conocidos, por varias personas aficionadas al canto y á la música, que aumentarán el esplendor de la capilla.

Estando prevenido que la Octava se celebre con Jubileo, las comunidades religiosas se han comprometido á cantar las misas en los días que les corresponda según el orden de su antigüedad. El de las primeras ceremonias es el siguiente.

Y copia en seguida todo el orden litúrgico que suele observarse en tales ocasiones, terminando en la página 21 por estas palabras:

• Tales son las principales ceremonias que el Ilmo. Sr.

García Diego tendrá que practicar el inmediato lunes 22 del corriente para la consagración de nuestro Templo Parroquial, cuya dedicación solemnizará el día siguiente con misa pontifical, según queda anunciado, pues tan augusto misterio, dice el autor citado, nos dá á entender, que cuando hubiere hecho Jesucristo en el cielo la dedicación espiritual del edificio del cual él es el Arquitecto, que no será consumada hasta el fin del mundo, y que la Iglesia no tendrá otra ocupación, después de su consagración, más que la de ofrecerse incesantemente á Dios por Jesucristo para alabarle, adorarle, darle gracias y bendecirle por toda la eternidad.»—«Zacatecas, Febrero 20 de 1841.—*El Editor.*»

Hay fundamentos para creer que esta consagración fué promovida por el Sr. Cura D. Mariano Esparza, según aparece de unos apuntes suministrados al que esto escribe por el antiguo Sacristán de la Parroquia, Leonides Tenorio; empleado fiel, que con grande abnegación, constancia y entereza arrostró todos los peligros de que se vió rodeado en la época infausta de la revolución, como veremos en la relación que él mismo hace de estas desagradables peripecias. Los apuntes á que me refiero dicen así:

1838 En los últimos meses de este año murió el Dr. Gil y Méndez, á quien yo alcancé de Cura de Zacatecas.

En este mismo año, el día 22 de Febrero, me recibí de Ayudante de Sacristán, teniendo 15 años y 6 meses de edad.

Al fallecimiento del Dr. Gil, siguió de Cura el Sr. Presbítero D. Ramón Jiménez.

1839 Este año el Sr. Obispo Aranda hizo la Visita de la Parroquia de Zacatecas. Falleció este Señor en Guadalajara el año de 1853, y fué sucesor suyo el Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Pedro Espinosa, quien, siendo ya Arzobispo, falleció en Noviembre de 1898.

El interinato del Sr. Cura D. Ramón Jiménez duró hasta que vino de Cura el Sr. D. Mariano Esparza en

el año de 1841.

1846 Este año recibió el Curato el Sr. D. Ignacio de la Cueva el día 20 de Febrero, pasando después á ser Canónigo de Guadalajara el año de 1849 y substituyéndole en este Curato de Zacatecas el Sr. Pbro. D. Ramón Jiménez hasta el año de 1852, en que recibió la Parroquia el Sr. Cura D. Juan José Orellana.

Tomó posesión este Señor el día 20 de Septiembre, recibiendo la Iglesia Parroquial en el estado que voy á referir en seguida:

No había en toda ella más altares que el del Santísimo Cristo; el de Nuestra Señora de los Zacatecas y el que ocupa hoy el glorioso San Pedro apostol, que es el que anteriormente ocupaban los Santos Crispín, Crispiniano y Aniano.

Los altares que actualmente existen y los cancelos de vidrios de colores fueron construidos de orden de dicho Sr. Cura Orellana, entendiéndose con la obra su sobrino, D. Joaquín Orellana, que era el Notario de la Parroquia.

Para los gastos de la obra se fundió la mayor parte de la plata labrada del servicio de la Iglesia, que era cuantioso, y á más treinta mil pesos que se guardaban en una alacena de la Sacristía y pertenecientes al fondo de cofradías.

Los altares del Santísimo Cristo y de Nuestra Señora de los Zacatecas fueron diseñados, dirigidos y aun ejecutados por D. Toribio Castro, habil cantero zacatecano.

Empezose á labrar la piedra para el ciprés el día 29 de Septiembre del mismo año 1852, bajo la dirección del arquitecto D. Albino Flores Alaflor, hijo de Aguascalientes, prosiguiendo este trabajo durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre.

El día 2 de Enero de 1853 comenzaron á abrirse los cimientos para el ciprés, costando los puros cimientos la suma de cinco mil pesos, y se procedió á la construcción del ciprés, cuya última piedra del remate se colocó el día 22 de Septiembre del mismo año 1853, comenzando en se-

guida el estucado y dorado, que terminó el día 14 de Junio de 1854.

Se me pasaba referir cómo el día 22 de Diciembre de 1838 vino la Santísima Virgen de Guadalupe, á causa de la primera invasión de los franceses, y se le hizo un novenario en todas las Iglesias de la ciudad en el orden siguiente: —El primer día en San Juan de Dios; segundo en el Colegio de Niñas; tercero en la Santa Escuela; cuarto en la Merced; quinto en San Agustín; sexto en Santo Domingo; séptimo en San Francisco; octavo en la Tercera Orden del mismo; noveno en la Parroquia. Después en el Colegio de Niñas le hicieron un triduo; otro en la Tercera Orden de San Francisco y un novenario en la Parroquia, llevándola después á San Juan de Dios, como es costumbre cada año para conducirla á su templo.

El año 1839, como queda dicho, hizo el Sr. Aranda la visita de la Parroquia; comenzando el día 11 de Agosto. Celebró de pontifical é hizo muchas confirmaciones.

El año 1840 comenzó la obra del colateral de Nuestra Señora de los Zacatecas y se terminó el año 1850.

El año 1845, Domingo de Resurrección, estando en la Misa nueva, que con toda pompa cantó el Sr. Pbro. D. Juan de la Cruz Landero, cayó un gran costrón de mezcla del cimborrio, por lo que el Sr. Gobernador D. Marcos Esparza y el Sr. D. Pedro Ramírez dispusieron que se echara abajo todo el cimborrio y se construyera de nuevo, que es el que está actualmente. El día 1° de Junio de este mismo año, Domingo por la tarde, se trasladaron á Santo Domingo el Señor Sacramentado y las sagradas imágenes del Santísimo Cristo, Nuestra Señora de los Zacatecas y señor San Pedro. Asistió innumerable gentío á la procesión, los más con vela en mano y llorando.

Tres años duró la construcción de la nueva cúpula, pues el día 31 de Diciembre de 1848 fueron de nuevo trasladados de Santo Domingo á la Parroquia, el Santísimo Sa-

cramento, la imagen del Señor Crucificado, la de Nuestra Señora de los Zacatecas, la de la Santísima Virgen del Patrocinio, que había bajado de la Bufo con motivo de la guerra de los yankees, y la imagen de señor San Pedro, siendo Cura el Sr. D. Ignacio de la Cueva. Hubo grandísima solemnidad; se le hizo á María Santísima del Patrocinio un triduo solemnísimo con exposición del Santísimo Sacramento los tres días, y después, el siguiente día la procesión para conducir á la Santísima Virgen á su santuario. Esta sagrada imagen había bajado desde el día 26 de Octubre de 1846, por tal manera permaneció dos años y dos meses fuera de su santo templo.

El mismo año de 1848 el día 19 de Septiembre bajó segunda vez la Santísima Virgen del Patrocinio, a causa del Cólera, permaneciendo aquí un mes y un día.

El día 5 de Mayo de 1850 bajó tercera vez la santa imagen por el mismo motivo. Este año afligieron á Zacatecas tres calamidades; el Cólera, el Hambre y la Fiebre.

Ya queda dicho cómo el año 1852 tomó posesión del Curato el Sr. Cura D. Juan José Orellana, y cómo fué él quien hizo construir el ciprés que antes había. Diré ahora que el día 20 de Febrero de 1854, estando aquí el Sr. Zubiria, Obispo de Durango, de vuelta de Guadalajara, á donde había ido á consagrar al Sr. Espinosa, hizo muchas confirmaciones y el día 22 del mismo mes consagró las cuatro mesas del ciprés que ya no existe, y para cuya consagración recibí orden de preparar las cosas del modo siguiente:

Las mesas que iban á consagrarse debían estar desnudas y sin adorno alguno; ni vestiduras, ni manteles, ni candeleros, ni crucifijo, ni nada; absolutamente nada.

Preparado el sitio según costumbre al lado del Evangelio, colocose del lado de la Epístola una mesa amplia y capaz para contener todos los útiles indispensables para la ceremonia, consistiendo todos en

1.—Dos vasos con oleo santo, uno con crisma y otro